

CAITULO XXVIII.

EL GRAN BAILE.

COMO las recepciones y bailes menudearon mucho en ese tiempo en Palacio, no fué necesario que se hicieran las invitaciones con mucha anticipación porque todas las familias estaban preparadas. No había una de las que llamaban *copetonas* que no hubiera mandado traer cuatro ó cinco trajes de París, y las modistas de México estaban, además, constantemente confeccionando una multitud de vestidos de baile que se los encargaban para cuando se necesitaran. Así es que á muchas se les avisó por la mañana del mismo día 3, que en la noche se daba una maravillosa *soirée* en Palacio.

Todos se alistaron con frenesí, y á las diez de la noche una larga hilera de carruajes se veía desfilar por las calles de Plateros y Plaza Principal, entrando á descargar á la crema de entonces en el gran patio del imperial alcázar que se encontraba iluminado con grandes mecheros. Aún no había gas ni luz eléctrica, como tampoco los hay ahora fin de siglo, ni probable-

mente los habrá nunca allí ni en los corredores, porque el alumbrado antiguo es la gallina de los huevos de oro para los contratistas. Este es un logogrifo que cualquiera explica con gran facilidad.

Las anchas escalinatas estaban alfombradas y adornadas con festones de flores y gasas, lo mismo que los corredores altos en donde había gran número de candelabros y arañas de metal con profusión de luces.

El gran salón de ceremonias con el trono en una de las cabeceras, estaba cuajado de espejos y lámparas de cristal, encortinados todos los balcones y cubiertas las paredes de rica tapicería. Los cuatro empréstitos, no obstante haberse quedado en su mayor parte en Europa, habían dejado lo suficiente para este lujo inusitado en México.

Habían llegado ya muchas familias ricamente ataviadas, cuando se presentaron sucesivamente el Mariscal Bazaine con su señora cargada de joyas, el gran Mariscal de Palacio que era un personaje decorativo con su señora también muy alhajada, los generales franceses y mexicanos con sus respectivos acompañamientos, los ministros y consejeros con sus familias, y finalmente se presentó Maximiliano con Carlota, deslumbrantes ambos, pero más ella que llevaba un vestido de punto de seda blanco, pendiendo del corpiño dos amplios faldones que recordaban las modas de la época de Luis XV: se encontraban adornados con un fleco de azahares. En el hombro derecho llevaba prendida la banda de San Carlos con una hilera de brillantes, y en el lado izquierdo un lazo de seda todo lleno de diamantes con la cruz de la Estrella. El aderezo se componía de un rico collar, unos

aretas y un alfiler en el pecho cuajados de esmeraldas y brillantes; llevaba, además, varias pulseras en los brazos, todas formadas con piedras preciosas que ofuscaban con su brillo. Ostentaba sobre su cabeza la corona imperial que era una rica joya, y el peinado que le caía graciosamente por la espalda, estaba formado con azahares salpicados de brillantes.

Toda la concurrencia se puso de pié cuando aparecieron los soberanos, quienes atravesaron el salón por en medio de una doble ala de concurrentes, á los cuales fueron haciendo afectuosas inclinaciones de cabeza á uno y á otro lado, hasta llegar á sus asientos bajo el solio imperial.

Inmediatamente la orquesta lanzó sus primeros preludios y se levantaron las parejas para bailar las cuadrillas de honor. Maximiliano dió la mano á la esposa del mariscal Bazaine y este á Carlota, y ambas parejas hicieron el *vis à vis* de cartel. El maestro de ceremonias entretanto no cesaba de dar órdenes teniendo en constante movimiento á sus ayudantes.

Una vez terminada la cuadrilla de honor, el baile tomó un carácter de más confianza y ya se pudo oír el rumor de las conversaciones á media voz, mezclado con el que producían los abanicos al abrirse y cerrarse constantemente. Los jóvenes se atrevieron ya á salir de los rincones en donde se habían refugiado y empezaron á recorrer el salón en todos sentidos pidiendo á las bellas su *etiqueta* para apuntar las piezas que les concedían. Todas hacían esta salvedad: —Doy á usted el wals ó la contradanza, siempre que no la soliciten S. M. el emperador ó SS. EE. los mariscales.

Estaba Maximiliano de pié cerca del trono en donde se hallaba la Emperatriz rodeada de sus damas que también se encontraban bien ataviadas, salvo algunas incorrecciones que solían producir hilaridad entre las envidiosas, y se veía entre ellas á nuestra amiga Doña Asunción vestida de raso amarillo, causando un raro efecto; repentinamente aquel, es decir S. M., llamó á uno de sus chambelanes, nada menos á nuestro conocido Genaro Lacroix, y le dijo:

—¿Conoces tú á aquella joven de vestido rosa y lazo crema que se encuentra á nuestra derecha, después de las hijas de Ramirez?

Lacroix se estremeció con esta pregunta porque ya sabía de quien se trataba; pero fingiendo buscar á la que se le designaba con la vista, contestó:

—¡Ah, sí! es Lola Dominguez.

—No, á esa la conozco: está un poco más allá la que yo digo.

—Quizás será Aurora Jimenez, la sobrina del coronel Cisneros, por quien me pregunta V. M.

—¡La misma! creo que otra vez me ha llamado también la atención. Tiene unos ojos soberbios, que vistos una vez no se olvidan nunca.

—Es algo guapa esa chica. . . .

—¡Oh! es guapísima. Deseo que te acerques á ella y le lles un mensaje mio.

Lacroix perdió el color y se quedó viendo casi de un modo estúpido al soberano, esperando su mensaje.

—Vas y le dices que si quiere concederme una pieza de baile.

—¿Cuál?

—La que tenga desocupada. Yo casi no bailo, así

es que solo daré una ó dos vueltas con ella por el salón á fin de que su familia comprenda que la distingó con mi estimación.

No había remedio: el chambelán no podía discutir con su amo y señor una orden semejante y fué á cumplir con ella.

—¿El Emperador quiere bailar conmigo? preguntó Aurora casi demudada luego que oyó el mensaje.

—Y la pieza que usted le conceda, bella Aurora.

Todas las vecinas se volvieron á mirarla haciendo gestos de disgusto y algunas cuchicheando. Una de las jóvenes de la aristocracia se permitió decir con voz más clara:

—¿Será posible que S. M. quiera bailar con esa *cursti*?

Aurora se puso muy colorada porque notó algunas de las impertinencias de sus vecinas y contestó al chambelán sin saber ni lo que decía:

—Bailaré con él unas cuadrillas francesas.

—¿Las primeras cuadrillas?

—Las primeras.

—¿Y baila usted conmigo todas las demás piezas, Aurora?

—Todas no, porque ya tengo mis compromisos; pero anótese usted un schotis y una polka corrida.

—Gracias, por de pronto, con la esperanza de ser más favorecido.

—Nos tenemos que ir temprano.

—No antes de que se retiren SS. MM.

—Tan luego como mi tía concluya su servicio.

—Dispénseme, Aurora, voy á llevar la respuesta del mensaje á S. M.

—Vaya usted.

Lacroix corrió á decir al soberano cual pieza le destinaba la bella Aurora, y esta se quedó pensativa diciéndose interiormente si no sería un pecado grave que ella bailara con el príncipe extranjero mientras su novio se encontraba en campaña, no solo sufriendo toda clase de penalidades, sino quizás expuesto á perder la vida en un encuentro ó condenado por las cortes marciales.

El Emperador se sonrió satisfecho é instintivamente volvió la cara á ver á su mujer que estaba en esos momentos rodeada de generales, y contento de que nada hubiera observado, siguió dando conversación á sus consejeros mientras llegaba el momento de ir á ofrecer su mano á la preciosa huérfana sobrina de la dama de honor de la Emperatriz.

Un poco más léjos, en el hueco de un balcón estaban los ministros Robles Pezuela, Ramirez y Echanove. Estaban tratando casualmente del terrible decreto que habían firmado aquella mañana.

—Yo lo que me temo, decía Echanove, es que produzca mal efecto en el ánimo público.

—El público, contestó Ramirez con negligencia, se compone de dos partes: una es la de orden y buen gobierno y esa aplaude todas las medidas que se encaminen á concluir pronto con la revolución. El otro público, que es el que muy poco debe importarnos, es el de los partidarios de la República, que siempre ha de censurar y ver con malos ojos cuanto produzca el imperio.

—No, también hay el público de la gente trabajadora que lo mismo le importa cualquier gobierno

con tal que le dé paz y garantías, dijo Robles Pezuela.

—¡Ah, el público de los indiferentes en política! Pero ese está también con nosotros.

—La ley es tan dura que necesariamente tiene que impresionar á todo el mundo, volvió á decir Robles.

—No es mas que el remedo de otras muchas que se han dado entre nosotros durante las contiendas políticas.

—Sin embargo, objetó Echanove, esta tiene de singular que se expide por extranjeros con la resolución de que se cumpla.

—¿Por extranjeros? El Emperador ha renunciado su nacionalidad.

—Lo cual no impide que se le tenga por extranjero; pero yo no me refiero á él sino á Bazaine y Eloi, que son los que, según se dice, han inspirado esa medida.

—Se equivocan los que tal digan, se apresuró á rectificar Ramirez. El mismo Emperador me ha dicho á mí que es obra suya.

—Pero en el público no pasa tal afirmación, principalmente cuando se sabe que Maximiliano es un príncipe benévolo cuyo lema es *equidad en la justicia*.

—Equidad en la justicia es castigar á los criminales.

—Observo, compañero, que usted que tiene tan buena reputación de hombre liberal, dijo Echanove á Ramirez, sea ahora el más enconado contra los mismos suyos.

—Los que están con las armas en la mano ya no son de los míos. El Emperador nos ha llamado á todos los que somos más ó menos amigos de la demo-

cracia y hemos acudido á su llamado los hombres de buena voluntad. Los demás son ya rebeldes y en su gran mayoría malhechores sin bandera, ladrones de camino real. Por eso, porque me indigna que no hayan depuesto las armas al ver á los verdaderos liberales en el gobierno, es porque deseo que se les castigue con todo rigor, porque ellos mismos serán los que tengan la culpa si no llega á establecerse un gobierno realmente liberal.

—Lo que yo digo, interrumpió Robles Pezuela, queriendo volver la conversación á sus principios, es que la prensa y el público van á tener que hablar mucho respecto de la ley que van á ver mañana en el *Diario* y fijada en las esquinas.

—Es claro que á muchos ha de parecerles cruel, contestó Echanove.

—En caso de que se cumpla, dijo Ramirez, pues yo creo que no se cumplirá.

—¿Y por qué no?

—Porque SS. MM. son demasiado sensibles y lo primero que van á hacer después de dictada, es á recomendar la lenidad.

—Pero como no son nuestras autoridades sino los militares franceses los que han de ejecutarla, resulta que aunque quieran no podrán conceder ya ningún indulto.

—Serán bastantes los que se concedan, sin embargo, en que no tengan ninguna intervención los franceses.

—Pues tanto peor para nosotros si no se ejecuta la ley, dijo Echanove, porque contraemos una inmensa responsabilidad por un espantajo.

—Eso sí, agregó Robles Pezuela, la alharaca que formen los republicanos ha de ser terrible, sin contar con la que meta el gobierno americano que tan pendiente está de cuanto hacemos y decimos.

—Ese es otro fantasma, dijo riéndose Ramirez.

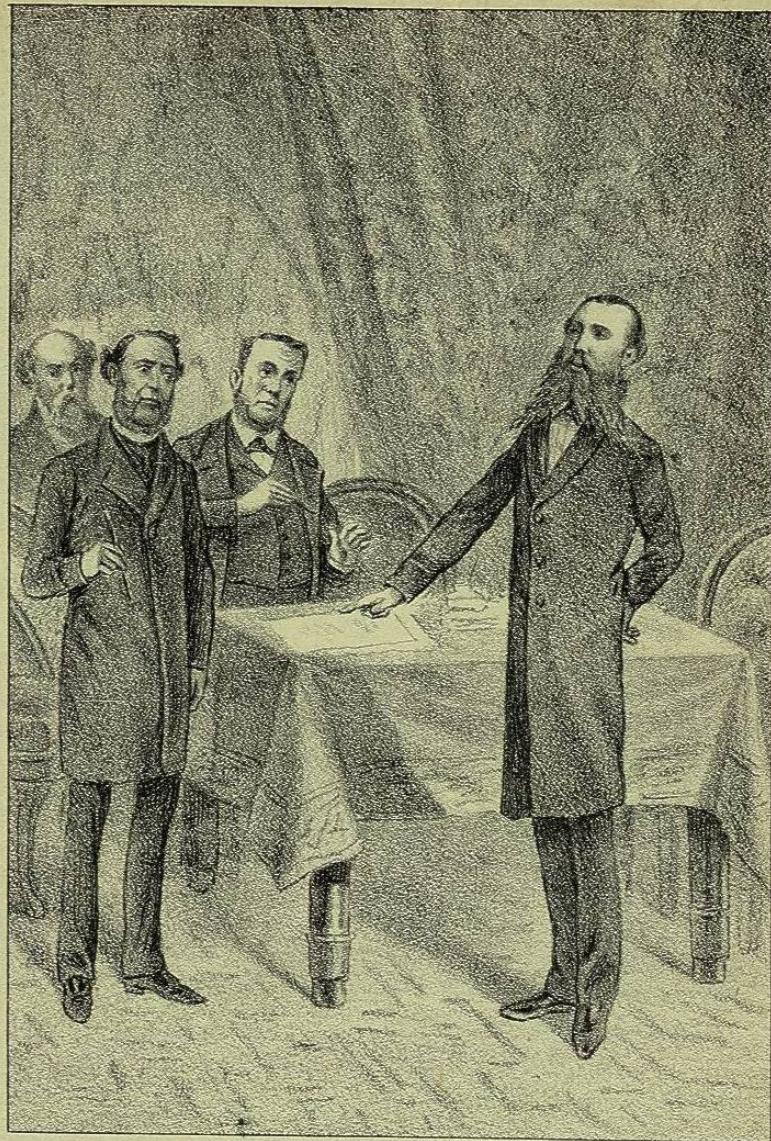
—¡Chist! Parece que se encamina hácia acá el Emperador.

El Emperador efectivamente, había dado algunos pasos; pero fué para llegarse á la dama de honor Señora Cisneros, para que le hiciera favor de presentarlo con su sobrina Aurora á quien había pedido una pieza de baile que ya se iba á tocar.

Todos, como estaban pendientes de cuanto hacía su Señor, observaron los movimientos de este, no sin llenarse de sorpresa al ver que daba el brazo á una señora que vestía algo ridículamente y con ella se encaminaba al asiento de Aurora. Esta se levantó toda turbada y como todos habían formado círculo en torno del soberano, la presentación fué pública, resultando uno de los incidentes más notables y más comentados que hubo en el baile.

Casi acabando de hacer la presentación nuestra amiga la Señora de Cisneros, que, como es de suponerse, no cabía en sí de orgullo, comenzó á tocar la música y Maximiliano ofreció el brazo á la joven, que se levantó muy emocionada luciendo su hermoso traje de punto de color rosa, escotado, con el cual se veía bastante airosa, por más que no llevara más alhajas que unos pendientes con granates y brillantes, pequeños, pero de buen gusto.

Quien sabe cuántas galanterías le dijo el augusto personaje, el caso es que ella apenas podía meditar



Los consejeros de Maximiliano firmando el decreto de 3. de Octubre.

sus contestaciones, sin que Lacroix, que también era interesado, les perdiera de vista. Cuando llegó á este su turno de bailar con Aurora, la dijo:

—¿De qué habló á usted S. M?

—De mil cosas que no comprendí bien, le contestó ella, porque me senti muy aturdida.

—Pero algo ha de recordar usted, bella Aurora.

—Sí, recuerdo entre otras cosas, que me invitó á visitar una hermosa quinta que posee no sé en qué parte.

Genaro se estremeció y se apresuró á preguntarle:

—¿Cerca de Cuernavaca?

—Creo que sí.

—¡Ah! ¡ah! ¿y usted aceptó?

—Me parece haberle contestado que su benévola invitación debía dirigirla á mis tíos que me sirven de padres.

—Bien dicho, muy bien dicho. ¿Y el qué dijo entonces?

—Que ya arreglaría la expedición con el coronel Cisneros, á quien quería darle alguna señalada muestra de amistad.

—¿Y no dijo á usted algunas galanterías muy insinuantes?

—¡Oh! El Emperador es casado, y aunque no lo fuera, yo soy una huérfana de esfera bien humilde. Por otra parte, usted lo sabe: hay un joven oficial republicano que me ama y á quien amo también y le soy fiel.

—Una vez establecido el imperio, como lo está definitivamente, usted no podrá volver á ver á ese joven oficial republicano.